

# EL NOMBRE DE DIOS ES MISERICORDIA

FRANCISCO

Una conversación con Andrea Tornielli

Traducción de M.<sup>a</sup> Ángeles Cabré

Y Jesús dijo también a algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás esta parábola: «Dos hombres subieron al templo a orar; uno fariseo, otro publicano. El fariseo, de pie, oraba en su interior de esta manera: “¡Oh, Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todas mis ganancias”. En cambio, el publicano, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: “¡Oh, Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!”. Os digo que éste bajó a su casa justificado y aquél no. Porque todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado».

Lucas 18, 9-14

**El nombre de Dios  
es Misericordia**

## Tiempo de misericordia

*Santo padre, ¿puede decirnos cómo nació el deseo de convocar un Jubileo de la Misericordia? ¿De dónde le vino la inspiración?*

No se debe a un hecho concreto o definido. A mí las cosas se me ocurren un poco solas, son las cosas del Señor, que custodia en la oración. Yo tengo por costumbre no fiarme nunca de la primera reacción que tengo frente a una idea que se me ocurre o a una propuesta que me hacen. No me fío nunca, entre otras cosas porque por lo general la primera reacción es equivocada. He aprendido a esperar, a confiar en el Señor, a pedir su ayuda para poder discernir mejor, para dejarme guiar.

La centralidad de la misericordia, que para mí representa el mensaje más importante de Jesús, puedo decir que ha crecido poco a poco en mi vida sacerdotal como consecuencia de mi experiencia de confesor, de las muchas historias positivas y hermosas que he conocido.

*Ya en julio de 2013, pocos meses después del comienzo de su pontificado, durante el viaje de regreso de Río de Janeiro, donde se había celebrado la Jornada Mundial de la Juventud, usted dijo que el nuestro es el «tiempo de la misericordia».*

Sí, creo que éste es el tiempo de la misericordia. La Iglesia muestra su rostro materno, su rostro de madre, a la humanidad herida. No espera a que los heridos llamen a su puerta, sino que los va a buscar a las calles, los recoge, los abraza, los cura, hace que se sientan amados. Dije entonces, y estoy cada vez más convencido de ello, que esto es un *kairós*, que nuestra época es un *kairós* de misericordia, un tiempo oportuno. Abriendo solemnemente el Concilio Ecuménico Vaticano II, san Juan XXIII dijo

que «la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia en lugar de empuñar las armas del rigor». En su *Meditación ante la muerte*, el beato Pablo VI revelaba el fundamento de su vida espiritual en la síntesis propuesta por san Agustín: miseria y misericordia. «Miseria mía —escribía el papa Montini—, misericordia de Dios. Que yo pueda al menos honrar a quien Tú eres, el Dios de infinita bondad, invocando, aceptando, celebrando tu dulcísima misericordia.» San Juan Pablo II avanzó en este camino a través de la encíclica *Dives in misericordia*, en la que afirmó que la Iglesia vive una vida auténtica cuando profesa y proclama la misericordia, el más maravilloso atributo del Creador y del Redentor, y cuando acerca a los hombres a las fuentes de la misericordia. Además, ha instituido la fiesta de la «divina misericordia» y ha revalorizado la figura de santa Faustina Kowalska, y las palabras de Jesús sobre la misericordia. También el papa Benedicto XVI habló de esto en su magisterio: «La misericordia es en realidad el núcleo central del mensaje evangélico —dijo—, es el propio nombre de Dios, el rostro con el que Él se reveló en la antigua Alianza y plenamente en Jesu-

cristo, encarnación del amor creador y redentor. Este amor de misericordia ilumina también el rostro de la Iglesia y se manifiesta tanto mediante los sacramentos, en concreto, aquel de la reconciliación, como con las obras de caridad, comunitarias e individuales. Todo lo que la Iglesia dice y hace manifiesta la misericordia que Dios siente por el hombre».

Pero en mis recuerdos personales hay también otros muchos episodios. Por ejemplo, antes de llegar aquí, cuando estaba en Buenos Aires, tengo grabada en la memoria una mesa redonda entre teólogos: se discutía sobre qué podía hacer el papa para que la gente se acercara, frente a tantos problemas que parecían sin solución. Uno de ellos dijo: «Un Jubileo del Perdón». Y eso se me quedó grabado en la cabeza. Así pues, para contestar a la pregunta, creo que la decisión vino rezando, pensando en la enseñanza y en el testimonio de los papas que me precedieron, y pensando en la Iglesia como en un hospital de campo, donde se curan sobre todo las heridas más graves. Una Iglesia que calienta el corazón de las personas con la cercanía y la proximidad.

*¿Qué es para usted la misericordia?*

Etimológicamente, *miser cordia* significa abrir el corazón al miserable. Y enseguida vamos al Señor: misericordia es la actitud divina que abraza, es la entrega de Dios que acoge, que se presta a perdonar. Jesús ha dicho que no vino para los justos, sino para los pecadores. No vino para los sanos, que no necesitan médico, sino para los enfermos. Por eso se puede decir que la misericordia es el carné de identidad de nuestro Dios. Dios de misericordia, Dios misericordioso. Para mí, éste es realmente el carné de identidad de nuestro Dios. Siempre me ha impresionado leer la historia de Israel como se cuenta en la Biblia, en el capítulo 16 del Libro de Ezequiel. La historia compara Israel con una niña a la que no se le cortó el cordón umbilical, sino que fue dejada en medio de la sangre, abandonada. Dios la vio debatirse en la sangre, la limpió, la untó, la vistió y, cuando creció, la adornó con seda y joyas. Pero ella, enamorada de su propia belleza, se prostituyó, no dejando que le pagaran, sino pagando ella misma a sus amantes. Pero Dios no olvidará su alianza y



la pondrá por encima de sus hermanas mayores, para que Israel se acuerde y se avergüence (Ezequiel 16, 63), cuando le sea perdonado lo que ha hecho.

Ésta para mí es una de las mayores revelaciones: seguirás siendo el pueblo elegido, te serán perdonados todos tus pecados. Eso es: la misericordia está profundamente unida a la fidelidad de Dios. El Señor es fiel porque no puede renegar de sí mismo. Lo explica bien san Pablo en la Segunda Carta a Timoteo (2, 13): «Si somos infieles, Él permanece fiel, pues no puede renegar de sí mismo». Tú puedes renegar de Dios, tú puedes pecar contra Él, pero Dios no puede renegar de sí mismo, Él permanece fiel.

*¿Qué lugar y qué significado tiene en su corazón, en su vida e historia personal, la misericordia? ¿Recuerda cuándo tuvo, de niño, la primera experiencia de la misericordia?*

Puedo leer mi vida a través del capítulo 16 del Libro del profeta Ezequiel. Leo esas páginas y me

digo: «Pero todo esto parece escrito expresamente para mí». El profeta habla de la vergüenza, y la vergüenza es una gracia: cuando uno siente la misericordia de Dios, experimenta una gran vergüenza de sí mismo, de su propio pecado. Hay un bonito ensayo de un gran estudioso de la espiritualidad, el padre Gaston Fessard, dedicado a la vergüenza, en su libro *La Dialectique des exercices spirituels de saint Ignace de Loyola*.<sup>\*</sup> La vergüenza es una de las gracias que san Ignacio hace pedir en la confesión de los pecados frente a Cristo crucificado. Ese texto de Ezequiel nos enseña a avergonzarnos, nos permite avergonzarnos: con toda tu historia de miseria y de pecado, Dios te sigue siendo fiel y te levanta. Eso es lo que yo siento. No tengo recuerdos concretos de cuando era niño. Pero sí de muchacho. Pienso en el padre Carlos Duarte Ibarra, el confesor que vi en mi parroquia ese 21 de septiembre de 1953, el día en que la Iglesia celebra a san Mateo apóstol y evangelista. Tenía diecisiete años. Me sentí acogido por la misericordia de Dios confesándome con él. Ese

\* París, Aubier, 1956.

sacerdote era originario de Corrientes, pero estaba en Buenos Aires curándose de una leucemia. Murió al año siguiente. Recuerdo aún que después de su funeral y de su entierro, al regresar a casa, me sentí como si me hubieran abandonado. Y lloré mucho aquella noche, mucho, oculto en mi habitación. ¿Por qué? Porque había perdido a una persona que me hacía sentir la misericordia de Dios, ese *miserando atque eligendo*, una expresión que entonces no conocía y que después elegí como lema episcopal. La reencontraría a continuación, en las homilías del monje inglés san Beda el Venerable, quien, describiendo la vocación de san Mateo, escribe: «Jesús vio a un publicano y, como lo miró con sentimiento de amor y lo eligió, le dijo: “Sígueme”». Ésta es la traducción que comúnmente se ofrece a la expresión de san Beda. A mí me gusta traducir *miserando*, con un gerundio que no existe, *misericordiando*, regalándole misericordia. Así pues, *misericordiándolo* y escogiéndolo, para describir la mirada de Jesús que da misericordia y elige, se lleva consigo.

*Cuando piensa en sacerdotes misericordiosos, que ha conocido o en los que se ha inspirado, ¿quién le viene a la cabeza?*

Son tantos... Acabo de mencionar al padre Duarte. Puedo citar a don Enrico Pozzoli, salesiano, que me bautizó y que había casado a mis padres. Era el confesor, el confesor misericordioso: todos iban a confesarse con él, iba por las casas de los salesianos. He conocido a tantos confesores así... Recuerdo a otro gran confesor, más joven que yo, un padre capuchino que ejercía su ministerio en Buenos Aires. Una vez vino a verme porque quería hablar conmigo. Me dijo: «Necesito tu ayuda. Tengo mucha gente en el confesionario, gente de todo tipo, humilde y menos humilde, pero también muchos curas... Los perdono mucho y a veces experimento un escrúpulo, el escrúpulo de haber perdonado demasiado». Hablamos de la misericordia y le pregunté qué hacía cuando experimentaba ese escrúpulo. Me respondió: «Voy a nuestra pequeña capilla, frente al tabernáculo, y le digo a Jesús: “Señor, perdóname porque he perdonado demasiado. ¡Pero eres Tú el que me ha dado

tan mal ejemplo!”». No me olvidaré de esto jamás. Cuando un sacerdote vive así la misericordia sobre sí mismo, puede regalársela a los demás. Leí una homilía del entonces cardenal Albino Luciani sobre el padre Leopoldo Mandic, recién proclamado entonces beato por Pablo VI. Había descrito algo que se acerca mucho a lo que acabo de contar: «Eso es, pecadores somos todos —decía Luciani en esa ocasión—, lo sabía muy bien el padre Leopoldo. Hay que ser consciente de esta triste realidad nuestra. Nadie puede durante mucho tiempo evitar las faltas pequeñas o grandes. Pero, como decía san Francisco de Sales, “si tienes un burro y yendo por la calle se cae al suelo, ¿qué debes hacer? No vas a ir con el bastón a molerle a palos las costillas, pobrecillo, bastante desgraciado es ya. Tienes que cogerlo por la cabeza y decirle: ‘Venga, volvamos a ponernos en marcha. Ahora reemprendamos el camino, la próxima vez te fijarás más’”. Éste es el sistema y este sistema lo ha aplicado plenamente el padre Leopoldo. Un sacerdote amigo mío que iba a confesarse con él dijo: “Padre, usted es demasiado generoso. Yo me confieso encantado con usted, pero me parece que es

demasiado generoso”. Y el padre Leopoldo contestó: “Pero ¿quién es demasiado generoso, hijo mío? Es el Señor el que fue generoso; no soy yo quien ha muerto por los pecados, es el Señor quien murió por ellos. ¿Cómo iba a ser con los demás con lo generoso que fue con el ladrón?”». Ésta es la homilía del entonces cardenal Luciani sobre Leopoldo Mandic, después proclamado santo por Juan Pablo II.

Puedo citar también a otra figura significativa para mí, la del padre José Ramón Aristi, sacramentino, que ya recordé una vez cuando me reuní con los párrocos de Roma. Murió en 1996 más que nonagenario. También él fue un gran confesor, y muchísima gente y muchos curas se confesaban con él. Cuando confesaba les daba a los penitentes su rosario y hacía que sostuvieran en su mano la pequeña cruz, después la usaba para absolverlos y finalmente los invitaba a besarla. Cuando murió, yo era obispo auxiliar de Buenos Aires; era la noche del Sábado Santo. Fui a verlo al día siguiente, el Domingo de Pascua, después de comer, y bajé a la cripta de la iglesia. Me di cuenta de que no había flores junto a su ataúd y fui a buscar un ramo

fuera, después regresé y empecé a colocarlas. Vi el rosario enredado en sus manos: saqué la pequeña cruz y, mirándolo, le dije: «¡Dame la mitad de tu misericordia!». Desde entonces aquella pequeña cruz va siempre conmigo, la llevo en el pecho: cuando me sobreviene un mal pensamiento sobre alguien, acerco la mano y toco esa cruz. Me sienta bien. He aquí otro ejemplo de cura misericordioso, que sabía acercarse a la gente y curar las heridas regalando la misericordia de Dios.

*En su opinión, ¿por qué este tiempo nuestro y esta humanidad nuestra tienen tanta necesidad de misericordia?*

Porque es una humanidad herida, una humanidad que arrastra heridas profundas. No sabe cómo curarlas o cree que no es posible curarlas. Y no se trata tan sólo de las enfermedades sociales y de las personas heridas por la pobreza, por la exclusión social, por las muchas esclavitudes del tercer milenio. También el relativismo hiere mucho a las personas: todo parece igual, todo parece lo mismo. Esta hu-

manidad necesita misericordia. Pío XII, hace más de medio siglo, dijo que el drama de nuestra época era haber extraviado el sentido del pecado, la conciencia del pecado. A esto se suma hoy también el drama de considerar nuestro mal, nuestro pecado, como incurable, como algo que no puede ser curado y perdonado. Falta la experiencia concreta de la misericordia. La fragilidad de los tiempos en que vivimos es también ésta: creer que no existe posibilidad alguna de rescate, una mano que te levanta, un abrazo que te salva, que te perdona, te inunda de un amor infinito, paciente, indulgente; te vuelve a poner en el camino. Necesitamos misericordia. Debemos preguntarnos por qué tantas personas, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos de cualquier extracción social, recurren hoy a los magos y a los quiromantes. El cardenal Giacomo Biffi solía citar estas palabras del escritor inglés Gilbert Keith Chesterton: «Quien no cree en Dios no es cierto que no crea en nada, pues empieza a creer en todo». Una vez le oí decir a una persona: «En la época de mi abuela bastaba el confesor, hoy mucha gente confía en los quiromantes...». Hoy se busca la salvación donde se puede.



*Pero estos fenómenos a los que usted alude, como los magos y los quiromantes, siempre han existido en la historia de la humanidad.*

Sí, verdad, siempre ha habido adivinos, magos, quiromantes. Pero no había tanta gente buscando en ellos salud y consuelo espiritual. Las personas buscan sobre todo a alguien que las escuche. Alguien dispuesto a dar su propio tiempo para escuchar sus dramas y sus dificultades. Es lo que yo llamo «el apostolado de la oreja», y es importante. Muy importante. Me oigo decir a los confesores: «Hablad, escuchad con paciencia y sobre todo decidles a las personas que Dios las quiere bien. Y si el confesor no puede absolver, que explique por qué, pero que dé de todos modos una bendición, aunque sea sin absolución sacramental. El amor de Dios también existe para quien no está en la disposición de recibir el sacramento: también ese hombre o esa mujer, ese joven o esa chica son amados por Dios, son buscados por Dios, están necesitados de bendición. Sed tiernos con esas personas. No las alejéis. La gente sufre. Ser un confesor es una gran responsabilidad. Los confesores tienen

frente a ellos a sus ovejas descarriadas que Dios tanto ama; si no les dejamos advertir su amor y la misericordia de Dios, se alejan y quizá no vuelvan más. Así pues, abrazadlas y sed misericordiosos, aunque no podáis absolverlas. Dadles de todos modos una bendición». Yo tengo una sobrina que se ha casado civilmente con un hombre antes de que este obtuviera la nulidad matrimonial. Querían casarse, se amaban, querían hijos y han tenido tres. El tribunal le había asignado a él también la custodia de los hijos que tuvo en su primer matrimonio. Este hombre era tan religioso que todos los domingos, yendo a misa, iba al confesionario y le decía al sacerdote: «Sé que usted no me puede absolver, pero he pecado en esto y en aquello otro, deme una bendición». Esto es un hombre formado religiosamente.